



# LOS SOCIALISMOS ANTE EL SIGLO XXI

*Juan Carlos PORTANTIERO*

**Hace poco más de cien años el socialismo alcanzaba su mayoría de edad a escala mundial con la fundación de la Segunda Internacional. Se trataba, sobre todo, de la consagración del marxismo como teoría fundadora de la gran mayoría de las doctrinas y de los programas con que los socialismos irrumpían en política, consagración especialmente avalada por el impulso arrollador de la joven socialdemocracia alemana. El entusiasmo entonces reinante le haría profetizar al viejo Engels, en un escrito del año de su muerte —la «Introducción» a la *Lucha de clases en Francia*—, un ciclo inminente de cambios en toda Europa como revancha de la derrota —«la sangría», dice enfáticamente Engels— de la Comuna de París en 1871.**

**S**imultáneamente, en ese mismo fin del siglo XIX, el capitalismo atravesaba por una mutación. La crisis económica de 1873 habría de indicar, si no un «derrumbe del sistema», como se pensó, sí una profunda transformación. Dicha gran

transformación, en las palabras del libro clásico de Karl Polanyi, marcaba el fin de la época del «mercado autorregulado», de la etapa clásica del capitalismo liberal. El punto fue definido por algunos como advenimiento del «capitalismo organizado» (Hil-

ferding) o «capitalismo monopolista» (Bujarin y Lenin), y en ambas caracterizaciones se coincidía en que ese paso era «la antesala del socialismo».

En realidad lo que iba a suceder a partir de entonces, marcando de manera indeleble casi todo el siglo XX, era la consagración de un nuevo principio de unidad en reemplazo del mercado: el del Estado-nación como moderador de la sociedad. Nuestro siglo le debe mucho más a Hegel que al universalismo liberal y socialista, a través del auge del decisionismo en política y de la planificación en economía, como lo demostraron los socialismos autoritarios, los fascismos, los Estados de bienestar de matiz socialdemócrata o socialcristiana, los populismos y desarrollismos. Más allá de una matriz común, sin embargo, los grandes conflictos de nuestra época —que incluyen una larguísima guerra que arranca en 1914 y parece concluir en estos días— supusieron el enfrentamiento entre unidades estatales y fuerzas sociales que dirimían la mundialización de la historia. Los sucesos posteriores a 1989 dan la imagen de que ese ciclo se ha cerrado; que la confrontación ha tenido vencedores y vencidos netos; que, en una frase que ha hecho fortuna, hemos entrado en «el fin de la historia». En pocas palabras: el socialismo, que aparecía en el amanecer del siglo como la gran esperanza de la humanidad, ha sido derrotado por el capitalismo con un discurso que retoma los viejos temas del liberalismo, cuestionados y hasta dados por muertos a partir de la gran crisis de fines del siglo XIX.

---

***La crisis actual no arrastra  
a la misma idea del  
socialismo como horizonte  
político.***

---

Por cierto que la historia del socialismo no puede ser encerrada de manera unilateral. La ruptura entre quienes predicaban el camino de las reformas y quienes postulaban la vía insurreccional se condensó en dos caminos irreconciliables, sobre todo a partir del triunfo de la Revolución Rusa y su posterior expansión desde la segunda posguerra en Europa Oriental (en casi todos los casos a la manera napoleónica) y en el Tercer Mundo. El choque entre la Segunda y la Tercera Internacional (o «Cominform» después de 1945) fue particularmente dramático con ocasión de la Guerra Fría, dando lugar a una fractura histórica irreversible. La discusión, aunque tenía aristas múltiples, parecía centrarse en el dilema totalitarismo *versus* democracia. El colapso de los regímenes comunistas de la Unión Soviética y Europa Oriental, inesperado sobre todo por la forma, diríase pacífica, con que se produjo, ha dado una primera respuesta a la contradicción planteada por el leninismo a la socialdemocracia desde los tiempos de Kautsky y Bernstein. Pero la verdad, el problema es más complejo.

Si bien no caben dudas *de que el fracaso* de las experiencias del socialismo autoritario con sistema de partido único y economías totalmente estatizadas ha sido espectacular, el espectro del cuestionamiento actual es más amplio y así debe ser reconocido. No sólo la experiencia socialdemócrata no ha tenido éxito durante un siglo en cambiar de raíz el capitalismo —un viejo tema de crítica por parte del comunismo—, sino que su propio consenso, en las sociedades que adoptaron esa vía, está hoy mellado, por lo que su capacidad de diferenciarse de los modelos neoliberales se ve menguada. La crisis es, entonces, múltiple y no remite solamente a la esfera política, sino también a las bases teóricas sobre las que, con sus más y sus menos, trató de fundarse. Ya antes de la quiebra de los comunismos y de los «impases» socialdemócratas, la vigencia del marxismo como referente teórico —exclu-

sivo o principal— de las prácticas de transformación comenzaba a engendrar dudas. De tal manera todo un mundo de representaciones, ideológicas y políticas, puede haber encontrado sus límites.

Evidentemente, tanto la caída del sistema comunista cuanto la crisis del Estado de bienestar en las democracias prósperas de Occidente y de los desarrollismos nacional-popular en las zonas periféricas, integran un cuadro de época. Lo mismo sucede con la pretensión de encontrar un mito unificador —aunque se presente como «científico»— que le otorgue a la historia un sentido predefinido. La discusión hoy no es si los socialismos y su principal base teórica están en crisis, pues ello resulta evidente, sino si dicha crisis arrastra a la misma idea de socialismo como un horizonte político que puede inspirar la organización de la acción colectiva. Quiero adelantar, para fundamentarlo luego, mi respuesta negativa a la pregunta.

Creo que esta crisis de fin de siglo es una crisis de época, civilizadora, la cual prolonga una gran transformación de los espacios productivos, científico-tecnológicos y geopolíticos, así como la relación humana con la naturaleza, de los hábitos morales y las relaciones sociales cotidianas. Y todo ello sin que pueda imaginarse un resultado prefijado; sino, en todo caso, abierto a los caminos de voluntad. Por el momento, y a escala mundial, la crisis ha mostrado la capacidad de iniciativa del discurso neoliberal del capitalismo hasta transformarlo en hegemónico. El capitalismo de finales de siglo, finalmente, ha mundializado la economía, organizando los espacios geopolíticos y aprovechando mejor —contra muchas previsiones que venían del marxismo clásico— las transformaciones científico-tecnológicas. Así, el modelo privatizador del mercado no tiene rivales de envergadura a la vista.

Dicho modelo implica no sólo un programa económico o político, sino y sobre

---

*Vivimos un mundo de valores  
caracterizado por la expropiación  
del espacio público y  
la privatización de la vida.*

---

todo un proyecto moral y cultural. Vivimos una ofensiva excluyente y exclusiva de una forma de organización económica —la economía de mercado— y de una forma de organización de la legitimidad —la democracia representativa; pero también la primacía de un mundo de valores caracterizado por la expropiación del espacio público y la privatización de la vida. El mercado se transforma en un dispositivo moral y cultural que otorga valor o disvalor a las personas, mientras las élites de los partidos organizan, cada vez más al margen de los ciudadanos, la representación política y el mundo «massmediático» crea la ilusión de pertenencia a una comunidad para individuos cada vez más aislados entre sí, más fragmentados, más escindidos de cualquier proyecto colectivo, más insolidarios, en fin.

Este es el mapa ético y social predominante en nuestros días. Las sociedades periféricas que participan de esta economía y de esta cultura globalizada viven este impacto de fin de siglo de manera aún más dolorosa, porque ni siquiera han podido colocar a sus mayorías dentro de un sistema garantizado de consumos mínimos. La exclusión, la marginación, la dualización penetra allí más hondo en el tejido social, colocando a grandes contingentes humanos en zonas cada vez más alejadas de cualquier estatuto de ciudadanía política, social o cultural.

En el caso de América Latina, típica zona de frontera con el mundo central en tanto la región, aunque siempre en forma subordinada, participó desde sus orígenes de la his-

---

***La reivindicación de la sociedad civil frente al interés estatal y el interés privado sintetiza el proyecto socialista.***

---

toria de Occidente, la nueva relación con el ciclo del capitalismo mundial sólo sirvió para acentuar sus rasgos predatorios. En la larga etapa de expansión del sistema a escala mundial —entre la posguerra y los años sesenta—, la instalación de los populismos y de los desarrollismos que, con matices, recorrieron todo el continente, no alcanzó para resolver los problemas estructurales que una vez agotada la etapa distributiva «fácil» pudieran potenciar un crecimiento autosostenido, a la manera de los países centrales. Cuando la crisis estalló, América Latina se encontró con la verdad de la falta de financiación de sus Estados, todavía patrimonialistas, que habían encarado su proceso de modernización industrial por vía de la emisión monetaria y de la deuda con la banca extranjera. Con ese *handicap* brutal el continente ha ingresado en los años noventa, umbral de esta mutación civilizadora. Desamparadas de argumentos alternativos por la quiebra de los populismos y el efecto de la crisis de los socialismos, las sociedades latinoamericanas parecen discurrir su historia entre ajustes salvajes que desmantelan a sus Estados y para nada le aseguran un lugar en el nuevo orden en construcción.

El impacto de este final de época de un modelo de acumulación que evidentemente estaba ya agotado, coincide con una modificación del cuadro político continental en el que se revaloriza a la democracia representativa y se supera —aunque siempre reaparezcan nubarrones de tormenta en el horizonte— el tiempo del autoritarismo militar,

al menos el sostenido por los viejos temas de la «guerra fría». Esto es, que bombardeadas por la ideología y la práctica de políticas de *shock*, las sociedades latinoamericanas, que no podrían resucitar los modelos populistas y nacional-desarrollistas de los años cincuenta y sesenta, deberían asumir la difícil tarea de coordinar la construcción de la democracia, la reconversión de la economía y la reformulación de un patrón de crecimiento introvertido, centrado hasta hace poco en los Estados-nación. En esto nuestros desafíos no se diferencian, en lo esencial, de los que viven otras sociedades periféricas, en especial las del Este europeo. La combinación ideal entre participación, eficiencia, autonomía y equidad no parece fácil de conseguir en la práctica: más aún, no es impensable un final de caos y desagregación. Estamos lejos de tener una receta creíble y es ése, precisamente, uno de los rasgos de la crisis, si tenemos en cuenta una proposición gramsciana acerca de que ésta se define por una tensión entre lo viejo que muere y lo nuevo que no puede nacer.

Por lo pronto algunas cosas sabemos. Por ejemplo, que se dan hoy algunas restricciones que fueron ayer parte del sentido común de nuestras izquierdas: que las estrategias centradas en el Estado-nación, y las condiciones nacional-populares que caracterizaron los modelos de desarrollo y de hegemonías anteriores, están profundamente cuestionadas. Y que, en esta reconstrucción del orden mundial capitalista, pierden efectividad los intentos de pensar al mundo desde cada uno de nuestros Estados y adquiere relevancia una mirada inversa: desde el mundo hacia nosotros. No abundaré sobre esto, que me parece evidente, dados los procesos de globalización que a todo nivel estamos viviendo.

Trataré de retornar ahora a una pregunta cuya respuesta quedó pendiente: ¿el colapso del comunismo abarca también a la idea socialista? Partimos de la convicción de que,

más allá de traspasos electorales, las experiencias de casi un siglo de la socialdemocracia y de sus políticas de reformas dirigidas a articular tres valores centrales de la modernidad: el crecimiento económico, la participación ciudadana y la solidaridad social, los cuales forman parte del mayor laboratorio de transformación de las sociedades contemporáneas. Este es un dato duro que revaloriza, como punto de partida histórico, la virtualidad de un proyecto socialista aunque, por cierto, no niega la necesidad —diría imprescindible— de una refundación, avalada tanto por el rigor de los sucesos políticos y económicos cuanto por las dificultades teóricas del marxismo, su más importante matriz ideológica.

Se trata de establecer, como ha dicho Bobbio, «las nuevas fronteras de la izquierda», a la que define como una «izquierda de los derechos». Michel Rocard, por su parte, ha intentado un repaso de las «ideas-fuerza» actuales del socialismo: libertad, democracia pluralista, autogobierno y descentralización, control y dominio de las tecnologías, solidaridad, supremacía de la ley y resolución de los conflictos a través de las negociaciones y no de la fuerza. A esta lista indicativa cabría agregar un valor que podría sintetizar el proyecto socialista: la reivindicación del espíritu público, de la sociedad civil frente al interés estatal y al interés privado. Volveré sobre el punto.

Para Eric Hobsbawm la justificación del socialismo, más allá del hecho de que sus argumentos deberán modificarse a partir de una experiencia que ya incluye sus propios fracasos históricos, descansa en que el capitalismo sigue generando contradicciones que su propia lógica de mercado no puede resolver. El historiador inglés destaca tres consecuencias del desarrollo capitalista cuya resolución debería integrar la agenda del socialismo del siglo XXI: la ecología, la distancia creciente entre Norte y Sur, y el vacío ético, derivado de un individualismo

extremo que descompone las relaciones entre los seres humanos.

Estas tres opiniones, a las que podrían agregarse muchas más surgidas del debate contemporáneo, es claro que no proporcionan recetas prácticas pero se afirman en algunos postulados fuertes. Uno de ellos es que si bien el socialismo que exasperó la planificación centralizada y negó totalmente el rol del mercado resultó un fracaso, su opuesto neoliberal acerca de que el mercado es el organizador económico y moral de la sociedad no garantiza el éxito en términos de valores humanos. Otro es que el pluralismo, como respaldo para el ejercicio de viejos y nuevos derechos, no tiene sólo un valor instrumental, sino sustantivo, y que si la democracia representativa es insuficiente en materia de participación, a la vez es imprescindible como instrumento para la evolución de una comunidad política en sociedades complejas. Por fin, que la lucha contra las inequidades de todo tipo, de clase, de género o de edad y por la equiparación de las oportunidades de partida, sigue tan vigente como siempre en su condición de requisito para una acción colectiva. Así, una fórmula que defina al socialismo como la tensión hacia el logro del máximo de igualdad sigue siendo, dentro de sus simplicidades, un supuesto válido como guía para la confección de una agenda de trabajo.

Insisto en que no estamos en presencia de una fórmula práctica sino de un punto de vista moral desde donde ordenar las alternativas deseables (y posibles) para la pro-

---

***El capitalismo sigue generando contradicciones que su propia lógica del mercado no puede resolver.***

---

---

***Imaginar a la sociedad  
desde lo público quizás sea  
el desafío para un socialismo  
del futuro.***

---

ducción de un orden. Ideológicamente estamos viviendo todavía una travesía en el desierto y es bueno reconocerlo. Pero en esa intemperie advertimos ya algunas cosas, aunque todavía más cerca de la crítica que de la proposición política. Como forma de organización social y económica, el socialismo autoritario y estadólatra fracasó y el reformismo de raíz keynesiana ha encontrado sus límites. Ya no existe en el horizonte la vieja idea total de revolución ni un modelo ideal de sociedad que nos espera al final del camino. Pero si éste no es ya el tiempo del Estado como organizador absoluto de la sociedad, tampoco lo es el del mercado haciéndolo por sí mismo. Si hay un rasgo sobresaliente de la crisis civilizadora actual es el de la revalorización de la sociedad abierta, activa, creadora. Esa recuperación de la sociedad fue el principal motor de la lucha actual contra los desbordes de la estadolatría en la economía y en la política. A esa primacía de la sociedad sobre el Estado, el neoliberalismo la plantea desde lo privado; pero es posible pensarla desde lo público, desde la *polis*. Si toda crisis profunda tiene como uno de sus rasgos la pérdida de las certidumbres totalizadoras —y ello ha resultado particularmente claro para las pretensiones holísticas de los social-estatismos—, ¿por qué la alternativa, hoy victoriosa, de la democracia liberal y de la economía de mercado alcanzaría a llenar ese vacío? Un gran liberal de hoy, Ralf Dahrendorf, ha llamado la atención sobre los peligros de un «fundamentalismo de mercado», y el tema de las contradicciones culturales

del capitalismo ha estado presente tanto en el clásico texto de Daniel Bell, un pensador de la derecha, cuanto en los documentos del actual Papa.

Imaginar a la sociedad desde lo público quizás sea el nudo central de los desafíos para un socialismo del futuro. Hanna Arendt ha rastreado el origen clásico de la distinción entre público y privado, desde la ciudad-Estado griega, en donde la esfera de la *polis*, espacio del ciudadano libre, de la comunidad pública, está separada de la del *oikos*, lugar de la vida doméstica, familiar, privada; en donde cada uno se apropia de lo suyo. Si ésta se definía por la necesidad y por la desigualdad, la primera lo era por la libertad y por el reconocimiento entre iguales. La *polis*, en cambio, era el ámbito de la discusión, de la argumentación, de «lo que puede ser visto y oído». En el *oikos*, en cambio, el predominio de lo privado equivalía a estar desprovisto, «privado» (exactamente) de lo plenamente humano que sólo se realizaba en la comunidad.

Cuando la modernidad burguesa redescubre los temas del mundo clásico, la escisión se actualiza como distinción entre economía y política. Surge un ámbito «social» destinado a organizar y presentar las demandas de la sociedad civil frente al Estado bajo la forma de «opinión pública». La revolución democrática del siglo XIX, con su irrupción de masas, hará volver contra la propia burguesía —como lo advirtiera el joven Marx— a ese predominio de la «opinión pública» que favoreciera en sus orígenes: frente a la emergencia plebeya, el liberalismo atemorizado se refugiará en una propuesta elitista de representación de lo público. Es el camino de la democracia restringida que en nombre de la eficiencia pone límites a la participación; la huella teórica que va desde Tocqueville hasta Schumpeter y que culmina en las propuestas sobre «governabilidad de la democracia» de Huntington.

El neoliberalismo acentuará, hasta la exasperación, este proceso de privatización de la vida y de expropiación del espacio público, reforzado por el fracaso de las formas autoritarias y estadólatras del socialismo. La tarea del nuevo socialismo es la de impugnar, ética y políticamente, tanto a la tiranía del Estado cuanto a la del mercado, proponiendo una visión de la sociedad y de la política en la que la dimensión de lo público pueda ser recuperada.

Si la idea de revolución total, no por cierto de irrupción puntual del uso de la violencia popular frente a la dictadura o a la explotación brutal (que es algo que ha sucedido y sucederá siempre), sino de cambio súbito y de raíz de un sistema de sociedad, parece perimida, ¿cómo pensar un camino de reformas avanzadas que permitan articular máximos compatibles de libertad, de igualdad y de solidaridad? La ignorancia del papel del mercado sepultó al comunismo; la seducción del mercado puede paralizar —y de hecho así ha sucedido— a la socialdemocracia. Michael Walzer y Paul Ricoeur han propuesto caminos de indagación sobre tipos de sociedad que pueden servir de punto de partida para que la justicia y el mercado puedan reconciliarse. El socialismo clásico pensó a las sociedades desde sus modos de organización económica y otro tanto hace el neoliberalismo. Así, la oposición entre capitalismo y socialismo es vista, dicotómicamente, como repulsión entre mercado y plan, como ejes excluyentes de la producción. ¿Pero serán los modos de la producción los que definan a las sociedades? ¿O ellas estarán constituidas por vastas redes de instituciones que constituyen un sistema de distribución en el que se intercambian todo tipo de *bienes*, algunos *intrínsecamente* mercantiles y otros, como por ejemplo la salud, educación, identidad nacional, ciudadanía, que no lo son? Algunos de estos bienes serían posibles de ser distribuidos según las reglas del mercado y otros exigirían una forma de dis-

---

***El discurso clásico  
de la izquierda no es una solución  
a la crisis, sino que forma  
parte de ella.***

---

tribución distinta: lo que caracterizaría al capitalismo como sistema de distribución es que tiende a considerar a todos los bienes como mercantiles, extendiendo esa lógica mercantilista a toda la sociedad. Un «socialismo de los derechos», en la expresión de Bobbio, sería lo opuesto: una trama institucional en la que debería caber lo privado, lo estatal y sobre todo lo público como organizadores de las esferas particulares de distribución de los bienes.

Por fin, cabe resumir estos argumentos de cara a un socialismo para el siglo XXI que, como ha quedado dicho, están mucho más cerca de la crítica que de la proposición, del modelo ético-político que de la consigna práctica. Y de resumirlos para la realidad de un continente, América Latina, que vive los desbordes salvajes de un neoliberalismo económico superpuestos a la vigencia de un conservadurismo político y cultural y que, en esas condiciones, debe aspirar a ampliar sus todavía débiles democracias. El discurso tradicional, populista, desarrollista o socialista, que concedía al Estado un rol central como agente de cambio, parece haber perimido junto con la idea de una vanguardia iluminada capaz de guiar a la sociedad hacia un futuro preconcebido. ¿Cómo instalar un debate sobre las reformas que pueda sostener a una nueva práctica política de masas? ¿Sobre qué premisas? Apuntaré, como conclusión provisional, algunas hipótesis de trabajo.

1. En primer lugar, la de aceptar que nuestras sociedades, a tono con lo que está

sucedido en el mundo, exigen una reconversión y que ella no se soluciona con retornos al pasado o fugas hacia adelante. El discurso clásico de la izquierda no es una solución a la crisis, sino que forma parte de ella y, por lo tanto, debe ser reformulado. Muchos valores constitutivos del mismo, entre ellos el del papel del Estado como agente principal de las transformaciones, han perdido su sentido original y no responden a una época en que la sociedad, por muchos caminos, busca profundizar su protagonismo y desconfía crecientemente de las burocracias. También ha caducado, al menos de la manera totalizadora que se le concedía, el discurso «dependentista» que enfatizaba sobre la autarquía de la nación, así como los acentos proteccionistas e introvertidos de la cultura de la industrialización propia de los años cincuenta y sesenta. Es claro que esto no significa convalidar las recetas del neoliberalismo y el capitalismo salvaje, sino mostrar que la reconversión necesaria supone una modificación de las relaciones entre Estados y capitalismo que haga posible dismantelar la perversa asociación generada en América Latina entre un Estado patrimonialista y un capitalismo prebendario que ha privatizado rentas extraordinarias y socializado pérdidas.

2. En esta dirección, de lo que se trata es de reorientar la relación Estado-mercado de manera opuesta a como lo propone tanto el neoliberalismo vigente cuanto el estatismo clásico propio del populismo y la izquierda. Frente a la propuesta de privatizar el Estado

---

***El socialismo debe propiciar un nuevo principio de sentido para la vida colectiva más allá de la lógica de Estado.***

---

o estatizar a la sociedad, habría que imaginar políticas tendientes a democratizar tanto al Estado cuanto a la sociedad. La investigación sobre las formas de «lo público» como un lugar de organización autónoma de la sociedad, autogestionaria o cooperativa, en concurrencia con otras formas de propiedad; la exploración y el estímulo a la generación de espacios que puedan asegurar en los diversos ámbitos de la vida colectiva una mayor información, participación y descentralización de las decisiones, permitirían descongestionar al Estado sin transformar a las demandas sociales y a los bienes que las satisfacen en parte del mundo de la mercancía.

3. Pero si el Estado no puede ser ya más considerado el único centro de la sociedad (ni la nación el único punto de articulación con el mundo), sí debe seguir siendo un organismo regulador muy fuerte entre las diversas formas de organización de lo social dentro de cualquier proyecto de organización democrática. Un Estado regulador fuerte supone la puesta en práctica de políticas activas y no «dejar hacer» al mercado. La modernización y la reconversión en la que ella puede expresarse no es neutral, no responde sólo a las exigencias de la racionalidad instrumental sino, y sobre todo, a la racionalidad de acuerdo a valores. Esto implica, para el socialismo, la creación de un nuevo modelo cultural, de un nuevo principio de sentido para la vida colectiva más allá de la lógica de Estado, con lo que el tema de la ética pública surge así como un eje para la construcción de una nueva política. No existe modernización válida si se construye sobre un costo salvaje para los más desprotegidos. Esto supone la introducción en el debate, sobre la reforma del Estado, de temas precisos referidos a quiénes y cómo pagan la reconversión: caben aquí, entre otros, la cuestión tributaria brutalmente regresiva; el peso del gasto social; el control público sobre las políticas del mercado.

4. Por fin, toda propuesta de un socialismo renovado debería plantear la profundización de la democracia política. No para negar la democracia representativa «formal» del Estado de derecho, sino para ampliarla. El tema de la relación entre liberalismo político y democracia social —entendida como recuperación y no como negación— resulta central para un discurso que supere la cultura política tradicional del populismo y de la izquierda.

La profundización democrática requiere, por cierto, reformas de tipo institucional que acerquen a la sociedad de manera más directa a las decisiones del Estado; pero no se trata sólo de un problema de ingeniería constitucional. La desconfianza en relación a las instituciones arrastra a la política de partidos en general y a los parlamentos en particular. La descomposición económica del viejo modelo genera disgregación social que se expresa en anomia, en privatización de la vida o en formas de violencia inorgánica que puede abarcar desde «explosiones» colectivas hasta la delincuencia o la droga.

En este vacío de ámbitos públicos la idea misma de la representación pierde sentido, porque el sujeto a ser representado está desarticulado en fragmentos. La reconstrucción de ese actor es la condición de posibilidad de un nuevo discurso político de izquierda y esto replantea el tema de la calidad de la forma partido en la organización de un sistema de autoridad democrático.

Parece claro que se halla en crisis la mera interpelación de los actores sociales como «ciudadanos» y que existe un rechazo ético de la sociedad al «narcisismo» de los partidos, a la manera clásica de hacer política, a las formas de corrupción que los agobian, lo que puede llevar —y distintos casos latinoamericanos son ejemplo de ello— a soluciones personalistas y autoritarias que se buscan fuera del ámbito de la política. Este será, quizás, el más duro desafío para un socialismo renovado: que la desagregación del sistema político no lleve a los sectores populares hacia nuevas formas de mesianismo como lugar de recomposición de sus demandas fragmentadas.